

LOS PARTIDOS POLITICOS Y LA COYUNTURA DE 1978

Francisco Fiallos Navarro



La vida política de una sociedad democrática está determinada en mayor o menor medida por la estructura y funciones que desempeñan los partidos, que son los órganos de expresión política por antonomasia. En Nicaragua el paralelismo histórico le ha dado una forma muy especial a la superestructura política de la nación y ha sido un factor determinante en las luchas fratricidas del pasado, el asfixiamiento del presente y la incertidumbre del futuro.

No se puede comprender la participación coyuntural de los partidos políticos ante la situación de 1978 si no se tiene un conocimiento más que esquemático sobre la génesis histórica de los movimientos que conforman el esquema partidario del país.

El paralelismo comienza en Nicaragua desde la independencia, cuando dos tendencias ideológicas, cuyas diferencias estribaban en el carácter clerical y unitario de una, y anticlerical y federativa de la otra, se enfrentan en una lucha constante por el dominio del país. Las organizaciones cambian de nombre: timbucos, legitimistas y conservadores unos; democráticos y liberales otros, pero las ideologías se contraponen en una constante histórica, que presente un fenómeno sumamente interesante que aún no se ha estudiado a fondo, puesto que la contradicción de intereses económicos entre las poblaciones de León y Granada no produjo la diferenciación política con la coloración ideológica que podría esperarse, debido a que el carácter más comerciante de Granada no se refleja en una actitud política más liberal que sí se da en León, siendo ésta una región más agrícola y pastoril, y por consiguiente con mayor proclividad a actitudes políticas más conservadoras. De toda forma el enfrentamiento subsistió y se desarrolló imponiéndole al país una si-

tuación de constante guerra civil y odios localistas durante la primera parte del siglo pasado.

Al verse imposibilitados los democráticos de obtener una victoria militar en la guerra civil de 1855 traen al país a los primeros mercenarios con las catastróficas consecuencias de la Guerra Nacional, que termina sólo cuando todos los países de Centroamérica concurren a ayudar a Nicaragua después que los partidos históricos, al comprender su error, unen sus fuerzas para arrojar al invasor. La victoria sobre el filibusterismo trae como consecuencia un Gobierno Nacional que pacifica y estabiliza al país. El Gobierno Nacional que se forma en 1856 es de carácter conservador y la Presidencia de la República se traspasa entre personajes conservadores con religiosa frecuencia cada cuatro años, hasta que el doctor Roberto Sacasa se reelige en 1891; esta reelección resulta ser el detonante de la revolución liberal de 1893, que a pesar de que obedece a contradicciones socioeconómicas profundas existentes en la sociedad nicaragüense de entonces usa como bandera un hecho político superestructural que es el continuismo. Es precisamente este mismo factor, que se presenta como una constante en la convulsiva historia política de nuestro país, el que produce la revolución liberal de 1926 y la gran agitación de 1944, al intentar los generales Chamorro y Somoza continuar en el desempeño de la presidencia de la República. Es el mismo factor el que había provocado las presiones que dieron en tierra con el proyecto continuista del General Tomás Martínez en 1867.

La revolución liberal de 1893 produjo un cambio estructural profundo en la sociedad nicaragüense haciendo variar sustancialmente el esquema de vida del país, y fue

de tal magnitud el impacto que hizo en el pueblo nicaragüense que, a pesar del gran desprestigio que el liberalismo sufrió debido al despotismo del General Zelaya, pudo ser bandera de lucha en la revolución de 1926, debido básicamente al avance socio-económico que había producido en el país, contrapuesto al poco empuje de los gobiernos conservadores de este siglo.

El partido liberal triunfa ampliamente en elecciones supervisadas por la fuerza interventora de los Estados Unidos. El poder se traspasa de Moncada a Sacasa mientras el General Sandino libra su heroica lucha en las montañas de las Segovias, y Somoza comienza su triste irrupción en la historia de Nicaragua.

Al triunfar Somoza en las elecciones de 1936, paulatina e imperceptiblemente comienza el proceso de servilización del partido liberal, junto con la corrupción de la Administración Pública y la Guardia Nacional con el objetivo de hacer depender a esas instituciones de su favor personal y supeditarlas a su ambición desmedida.

Ante la presión popular Somoza renuncia a sus aspiraciones continuistas y promueve la candidatura del doctor Leonardo Argüello. El liberalismo está todavía tan prestigiado que una de sus figuras más prominentes, el doctor Enoc Aguado contando con el apoyo decisivo del General Emiliano Chamorro, cuya figura se había agigantado debido a su postura frente al régimen, triunfa como candidato de la oposición unida, pero el fraude lo despoja de la victoria, y el liberalismo pasa totalmente a ser controlado por Somoza.

Frente a la situación de crisis de las paralelas históricas, agudizada por uno de los más graves errores políticos del conservatismo, que no supo aprovechar la corriente de repudio nacional al somocismo y pacta con Somoza ante el temor de perder su personalidad jurídica, comienzan a irrumpir tímidamente nuevas organizaciones políticas con el afán de convertirse en alternativa de cambio, y así a finales de la década de los cuarenta nace la Unión Nacional de Acción Popular, y el partido de Renovación Nacional en 1952.

Esas organizaciones no fructifican debido principalmente a dos factores negativos que frenan su desarrollo: a) el peso de la tradición libero-conservadora profundamente enraizada en la conciencia popular a través de siglo y medio de existencia y el hecho de que los dos partidos históricos contaban con la participación activa de sus principales figuras (Emiliano, Aguado, Argüello, etc.) que imposibilitaban el florecimiento de nuevas agrupaciones debido al carácter caudillista y personalista de la política nacional hasta ese entonces, que se traducían en núcleos que giraban alrededor de personalidades, jefes y caciques pertenecientes a las paralelas históricas; b) la falta de dedicación de sus líderes no podían contar los nuevos movimientos con dirigentes

de tiempo completo debido a la organización sumamente incipiente de sus cuadros, y al hecho de que el liderazgo político demanda una constancia y dedicación que implica una gran mística y una mínima libertad económica.

A principios de la década de los cincuenta es ya evidente que la dictadura solo puede ser derribada a tiros; falla una conspiración armada en 1954, y en 1956 el dictador es ejecutado, pero la dictadura subsiste porque su estructura queda intacta y se salva con solo un relevo en la cúspide y el apoyo total del gobierno norteamericano. Entre los años 1956 y 1960 se suceden 26 intentonas armadas para derrocar al régimen, pero éste, muy atinadamente, ofrece una gran apertura política, social, y económica: reforma a la constitución prohibiendo la reelección, formula un proyecto de Reforma Agraria, que aunque ridículo, junto con la creación del Instituto Nacional de Seguridad Social desperta nuevas esperanzas en los trabajadores y campesinos; impulsa el fortalecimiento de los núcleos de poder económico despertando expectativas ilimitadas a su crecimiento; la corrupción administrativa se mantiene a niveles bajos impidiendo la competencia desleal al sector privado, y por último entrega la presidencia de la República al doctor Schick, quien inaugura un gobierno "*de Derecho*". A través de esas hábiles medidas el régimen se consolida y se fortalece como nunca.

Durante ese período se hacen nuevos esfuerzos por constituir nuevas organizaciones políticas aprovechando la apertura: nace el partido Movilización Republicana de izquierda, en 1956; el Partido Social Cristiano, de centro, se funda en 1957; y el partido Acción Revolucionaria, de centro izquierda se organiza en 1958. Pero ninguna de esas agrupaciones puede captar adecuadamente las demandas del sistema social de Nicaragua porque, aunque obviamente existen necesidades de todo tipo, el flujo de demandas se hace de muy difícil captación debido a tres factores principales.

- 1) La falta de expresividad política del pueblo nicaragüense que en esa época presenta un bajo nivel de concientización ideológica.
- 2) La adopción, por parte de las nuevas agrupaciones políticas, de esquemas ideológicos foráneos, que no concuerdan con la realidad nacional.
- 3) La falta de líderes carismáticos con total entrega a la causa; ésto se produce únicamente en el partido conservador en el caso del doctor Fernando Aguero, quien sin embargo adolecía de defectos fundamentales en su formación política, que le impidieron diseñar una estrategia correcta a mediano y largo plazo, desperdiciando su arrastre indiscutible en los sectores populares.

En Nicaragua no se produjeron los movimientos tipo Acción Democrática de Venezuela, Liberación Nacional de Costa Rica, MNR de Bolivia, APRA del Perú, etc., que se formaron inicialmente como grupos de estudio de la realidad nacional de sus países respectivos, y que posteriormente formularon ideologías y estrategias acordes con situaciones nacionales objetivas.

Las paralelas históricas, a pesar de sus grandes errores, no son desplazadas ideológica ni organizativamente del panorama político nacional, tampoco la Guardia Nacional se ve expuesta a una embestida ideológica y organizativa que le obligue a analizar su estructura sui géneris encaminada exclusivamente a la protección de los intereses de una pandilla cada vez mayor que se infiltra en sus filas para instrumentalizarla en contra de los intereses de su propio pueblo.

Tampoco las paralelas históricas resuelven el problema; entre 1967 y 1976 Somoza destruye mediante la corrupción la poca credibilidad que podría restarle a las paralelas. Después del respiro civilista de los últimos años de Luis Somoza y del gobierno Schick, el país vuelve a estar claro que la dictadura pseudo fascista del tercer Somoza solo puede ser derribada a través de la violencia revolucionaria. Ante esta situación el Frente Sandinista de Liberación Nacional, nacido en 1959, y que había contemplado la posibilidad de convertirse en un partido político legal durante el gobierno del doctor Schick vuelve a tomar las armas, y tras un arduo proceso de conformación estructural se presenta a partir de 1974 como la fuerza político-militar más peligrosa a los intereses de Somoza. Con la irrupción histórica de la tendencia tercerista, mucho menos radical que las otras dos tendencias en que se encuentra dividido, la capacidad de aumentar su base política y militar crece ilimitadamente para el FSLN.

Al mismo tiempo, debido al endurecimiento del régimen y a su escalada represiva el caldo de cultivo de los partidos políticos democrático-burgueses que es la juventud universitaria y de secundaria desaparece al cerrarse el horizonte político para el desarrollo de la democracia representativa, cuya piedra angular la constituyen los procesos electorales libres y honestos y la alternabilidad en el poder; el Frente Demócrata Cristiano es barrido de las universidades en 1969, y el Frente Estudiantil Revolucionario, antesala del FSLN, se apodera del movimiento estudiantil; Somoza lanza al país a la polarización aguda, a la pérdida total de fe en los procesos democráticos, y al derramamiento de sangre, contando para ello con la posterior complicidad del partido conservador pactista.

EL PRESENTE

Esa es la situación que se presenta en Julio de 1977. Las contradicciones internas y externas que el régimen ha

generado son gigantescas, se ha contrapuesto a los sectores populares, a la Iglesia, a los intelectuales, y por último, al agudizar la corrupción de la administración pública a niveles increíbles, le hace competencia, y desleal además, al gran capital y al capital mediano. El cambio de actitud del gobierno norteamericano, debido a condiciones geopolíticas a nivel mundial, añade un nuevo factor que presiona de tal manera al régimen que lo obliga a levantar el estado de sitio y la censura de prensa. Es en esta coyuntura especial que la podredumbre del régimen hace una bochornosa erupción que presenta un caldo de cultivo óptimo para la insurrección. En Octubre de 1977 el FSLN realiza incursiones armadas en Masaya, Ocotal, San Carlos y Managua; el sector privado, horrorizado ante la posibilidad de la generalización de la violencia en todo el país pide un diálogo urgente y une su voz a la Iglesia Católica que por medio del Arzobispo de Managua pide que cese la violencia. Ante esa situación diversos sectores de la vida nacional se reúnen en la Curia Arzobispal llamados por Monseñor Obando y Bravo y eligen a una Comisión para que coordine el Diálogo Nacional.

En el seno de la Comisión se plantea un serio interrogante: ¿A quién debe llamarse a dialogar con el gobierno? ¿A los partidos políticos? ¿A los organismos representativos del sector privado? A los sindicatos? ¿A las organizaciones de barrios? La respuesta es difícil de encontrar, pues existen dos premisas descorazonantes: 1) El nivel de representatividad de los partidos políticos es mínimo; 2) El grado de organización social existente en el país es casi nulo.

Ante este problema la Comisión decide dar un impulso a la democracia civilista y llama a dialogar a los partidos políticos, enfocando a estas organizaciones como la expresión máxima de la lucha cívica. Se considera especialmente a UDEL, que es el conglomerado de las pequeñas organizaciones políticas que no han podido desarrollarse, pero que tiene en la suma de todos sus miembros el mayor grado de representatividad de la oposición, al partido conservador oficialista, y a dos agrupaciones más.

Inicialmente Somoza se muestra renuente al diálogo; es evidente que su táctica es ganar tiempo y esperar a que la situación se calme para manipular los factores a su favor a través del inmenso poder del gobierno. La oposición está consciente de las tácticas dilatorias de Somoza, pero se apresta a la lucha aun en esas circunstancias.

Ante ese planteamiento se encuentra la oposición cuando sucede el detonante que hace estallar la crisis a niveles nunca antes experimentados por el gobierno Somocista. El régimen no resiste siquiera dos meses de libertad de prensa, y la mafia nica —cubana— norteamericana que se enriquece a costillas y bajo la protección del sistema decide asesinar al doctor Pedro Joaquín Chamorro en un estúpido

intento de silenciar las acusaciones públicas contra la estructura gangsteril que se ha apoderado del país.

Al asesinar a Pedro Joaquín Chamorro el régimen le quita a la grande y pequeña burguesía a su principal defensor contra los abusos del gobierno y las deja en estado de desesperante indefensión. Pedro Joaquín Chamorro, sabiéndolo o no, deseándolo o no, era el único escudo que el capital tenía en contra de la constante y desleal competencia del somocismo; ante esa coyuntura las organizaciones sectoriales de la empresa privada dirigidas por un Comité de Huelga y con la cooperación decidida de los sectores laborales deciden organizar un paro nacional con el fin de presionar de una forma nueva y poderosa a Somoza sugiriéndole la renuncia al poder político y militar del país. Los partidos políticos son muy débiles para organizar y dirigir el paro, UDEL hace el primer llamado cuando ya el sector privado y las organizaciones laborales estaban dispuestas a jugar la carta de la huelga en contra de Somoza, es decir "se monta en la ola" y se presenta con una posición de liderazgo que no responde a la realidad, debido a su poca fortaleza, alcanzada tras duros esfuerzos y contra todas las condiciones adversas que incluyen un estado de sitio y una censura de prensa de casi tres años. Son las organizaciones gremiales del sector privado y los sindicatos obreros los que asestan el golpe al régimen, pero obviamente carecen de la experiencia política e insurreccional necesaria para derribarlo.

En la coyuntura del paro se demuestra la gravísima situación institucional a la que el somocismo ha llevado al país: los partidos políticos han perdido totalmente el cordón umbilical que los unía al pueblo, y que se forma únicamente a través de procesos electorales justos y honestos. Al no existir elecciones con esas calidades los partidos tienden a desaparecer o a convertirse en grupúsculos sostenidos únicamente por la mística de ciudadanos tenaces y con gran vocación ideológica.

El partido conservador oficializado, al pedir la renuncia de Somoza le hace más daño al sistema que todos los otros partidos de oposición, pues quiebra el esquema de legitimidad tanpreciado por el régimen. Eso, más otros factores como la corrupción, la incompetencia y la represión termina de una manera total con su credibilidad creándole un agudo problema en vista al futuro.

EL FUTURO

El paro, aunque no derriba al gobierno, lo hiere profundamente. Los efectos inmediatos que produce son:

- 1) Definición y polarización de fuerzas de una manera clara y total: Somoza, la Guardia Nacional y la Mafia contra el pueblo nicaragüense en todas sus expresiones y estamentos.
- 2) Absoluta falta de credibilidad del régimen, aumentada con demagógicas promesas de Somoza de reformas imposibles e ilusorias: extensión del INSS al sector rural, "apertura" política, etc.
- 3) Clarificación del hecho de que sólo se puede salir del Somozato únicamente a través de la violencia, sea armada o en forma de resistencia pasiva.
- 4) Sustancial aumento del grado de conciencia política del pueblo nicaragüense.
- 5) Crecimiento notable en el grado de respaldo popular y de simpatía por el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

PROGNOSIS:

Ante la coyuntura en la que los acontecimientos la han colocado el sector privado está tratando desesperadamente de organizar su propia expresión política al no poderse la brindar los partidos ya existentes debido a diversas razones entre las cuales figura en primer lugar la imagen de reivindicación popular que tienen las organizaciones políticas.

Solamente una simbiosis sector privado —sector obrero— partidos políticos por medio de resistencia pasiva a mayores niveles que el paro de Enero, con un equipo de relevo en el mando del país suficientemente confiable al gran capital, a la pequeña burguesía, y a los Estados Unidos, podría derribar a Somoza sin violencia revolucionaria.

Pero esa posibilidad tiene una gran limitación, un "punto crítico", que consistiría en la posibilidad real de que el FSLN propinara una derrota militar frontal a la Guardia Nacional, de proporciones considerables, junto con una insurrección popular generalizada. Si esa eventualidad sucediese cualquier solución no armada en Nicaragua quedaría fuera de lugar, puesto que el carácter psicológico de la política, condicionada a la posibilidad de victoria, real o no, más el repudio generalizado del pueblo nicaragüense al somocismo, haría converger el apoyo de los sectores obreros y campesinos más la pequeña, y posiblemente la mediana burguesía hacia el FSLN. Después de ese "punto crítico" la guerra civil estaría planteada en toda su plenitud, teniendo la ventaja a mediano plazo el FSLN, a menos que la intervención norteamericana fuese sustancial, lo cual sería de un costo político sumamente alto para la estrategia global trilateralista norteamericana hacia el tercer mundo, reduciéndose de esa forma tal posibilidad, que disminuirá aún más si la revolución actúa con una inteligencia táctica que le permita determinar los límites de su campo de maniobra dentro del contexto geopolítico regional. En todo caso, la intervención decidida del gobierno de los Estados Unidos sea directa, o bien indirectamente a través del Consejo de Defensa Centroamericana (CONDECA), o la OEA, para evitar la victoria de una revolución armada en Nicaragua

terminaría también con el somocismo, pues sostenerlo se convertiría en una pesada viga en el ojo norteamericano, arriesgando seriamente su política global y continental.

Mientras llega ese punto crítico, o bien la acción decidida y frontal de la coalición nacional esbozada anteriormente derribe a Somoza, Nicaragua vivirá en un constante estado de agitación y violencia social, agudizada por la brutal represión del régimen, debido principalmente a que el somocismo, al gobernar al país desde un enfoque gangsterocrático ha creado contradicciones tan agudas que ya no puede solucionarlas por su imposibilidad de desarmar la estructura de la corrupción, que es lo que ha constituido el sostén más efectivo del somozato. El gobernar con una visión de estado botín trae grandes beneficios económicos a la camarilla que usufructúa el poder, pero el precio político de confundir la visión de estadista con la eficacia mercantil oportunista resulta eventualmente carísimo: termina con todas las fuerzas que apoyan al sistema, enterrándolas para siempre después del inevitable desenlace, frente al que, llegado a cierto punto de su desarrollo, un sistema así concebido pierde totalmente su capacidad de viraje estratégico.

LA POSICION DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Nicaragua se encuentra en una posición neurálgica en el área de influencia geopolítica de los Estados Unidos. Si en nuestro país se suscitara un gobierno contrario a los intereses regionales del gobierno norteamericano la volatilidad

de la situación en Centroamérica sería explosiva. Esa posibilidad ha hecho que se de un viraje relativo en la política norteamericana en Nicaragua posterior al para nacional de Enero, después que los norteamericanos detectaron una serie de fuerzas sociales que literalmente les ha asustado, pues no tienen ningún control directo ni indirecto sobre ellas, presentándose la posibilidad de que esas fuerzas se desborden, lo que ha conducido a los Estados Unidos a la búsqueda de una salida "ordenada" a la situación nicaragüense, tratando de influenciar para que se organice de nuevo el diálogo, y presionando a Somoza a retirarse en 1981. Esta situación es sumamente parecida a la que se planteó en 1926 cuando Estados Unidos exigió a los revolucionarios liberales respetar el período presidencial de Adolfo Díaz. Al mismo tiempo han presionado al Gobierno hondureño para que persiga al FSLN en su territorio. Pero los Estados Unidos se enfrentan a un serio problema en Nicaragua: su credibilidad se acerca vertiginosamente a cero, debido a los virajes, inconsistencia y poca aplicabilidad, demostrada hasta el momento, en la conducción de su política de Derechos Humanos, y a la imposibilidad consecuente de conocer los cambios que pueda experimentar su política en los próximos tres años. Ello hace que sus gestiones tengan pocas probabilidades de éxito, sumando al hecho de que tampoco Somoza ayuda a esa proyección, puesto que al ir aumentando el poder de su hijo mayor dentro de la guardia Nacional expresa claramente una verdad sabida por todos los nicaragüenses: los Somoza no se van, hay que sacarlos.

COMUNIDADES CRISTIANAS POR LA PAZ.



**GUÍENSE DE LOS
HOMBRES: A USTEDES
LOS ARRASTRARAN
ANTE LAS AUTORIDADES
Y LOS AZOTARAN
EN LAS SINAGOGAS.**

MATEO 10 (17-18)